



Juan Manuel Santos Ministro de la defensa de Colombia,
el General Fredy Padilla y otros miembros del Alto Mando militar.

SOBRE LA GUERRA EN TELEVISIÓN

Apuntes fragmentados para un documental ensayo

Por Oscar Campo

(oscampo@emcali.net.co)

Profesor Titular

Escuela de Comunicación Social, Facultad de Artes

Integradas, Universidad del Valle

Cali, Colombia

RESUMEN:

Avance de trabajo investigativo de documental-ensayo sobre la relación entre los presupuestos ideológicos de la contrainsurgencia y los contenidos de las noticias televisivas sobre el conflicto armado en Colombia.

PALABRAS CLAVE:

Noticias televisivas, Ideología,
Conflicto armado colombiano

El 2 de Marzo de 2008 apareció esta imagen en los televisores de Colombia. Había algo obscuro y terrible en esos rostros, algo inapropiado para hablar de la muerte de alguien. Durante los días siguientes había un tático llamado a la felicidad por la muerte del guerrillero Raúl Reyes. Y a estas muertes se sumaron otras muertes que también debían causar felicidad a los colombianos.

Durante año y medio me he sentado en las noches a grabar fragmentos de noticias. Me fascina el poder de esos fragmentos que rápidamente pasan a ser memoria maloliente, para luego aparecer de nuevo de manera espectral.

En un principio, las grabaciones tenían que ver con las sagas asociadas a esas muertes. Trataba de descifrar el por qué de ese llamado a la felicidad. De descubrir por qué toda una generación de colombianos veía como aceptable algo que espontáneamente puede ser escandaloso.

«A la inmensa mayoría de la gente en el mundo le resulta difícil superar su repulsión a la tortura y el asesinato. Matar a otro ser humano es algo traumático».
Slavoj Zizek. Sobre la violencia

Un cuerpo había sido destrozado en un bombardeo y debíamos estar felices y brincar cogidos de la mano. No podía entenderlo. Recordé entonces otras muertes - como la de Saddam Hussein y su familia— que habían aparecido en la televisión global. Cuerpos exhibidos sin pudor. Asesinatos que no generaban ninguna culpa ni castigo contra aquellos que los habían cometido.

«Esta guerra me hace mal, evidentemente, porque soy su contemporáneo; la veo, la escucho, me asalta todos los días, soy su comensal obligado, ceno con ella, bebo mi té frente a ella, y algo de intimidación se anuda entre ella y yo, una promiscuidad nauseabunda y perversa»
Jean- Louis Commoli. Ver y Poder.

Como tantas otras noticias terribles de este país donde se suceden en una cascada infernal, pensé que el asunto de Raúl Reyes duraría unos pocos días. Pero la saga se fue ampliando cada vez más de mes en mes. Era como si el cuerpo descompuesto del guerrillero sufriera varias simbiosis, en especial, después de la aparición de su computador cargado de informaciones tendenciosas contra los enemigos del gobierno de Uribe y en las amenazas de una guerra extendida al norte de Suramérica. Como si el cuerpo destrozado siguiera en un deambular sonámbulo, de manera similar al de un muerto viviente, de un ser al que no se termina de matar.

Grabando esas noticias, editándolas después, y tratando de armar a través de su continuidad un relato, me he dado cuenta que estos fragmentos tejidos día a día en las mentes de los colombianos, han configurado algo así como su inconsciente político. En algunos casos, el lugar simbólico de donde se extrae la justificación de las mayores atrocidades.

Liberación de los secuestrados por la guerrilla, El affaire Enmanuel, la muerte de Raúl Reyes, de Tirofijo, de Iván Márquez, el peligro de una guerra con Venezuela y Ecuador, la liberación de Ingrid Betancourt, han sido una avalancha mediático militar que cada una de las personas que habitamos entre las fronteras de este territorio llamado Colombia, ha vivido como una película de suspenso o como una pesadilla incesante, que ha generado incluso manifestaciones masivas en las calles del país. Al calor de los acontecimientos es difícil tomar una distancia prudente, obnubilados por el espectáculo del mundo, en el que cada evento borra por su intensidad el anterior, y en el que el estado o sus voceros más visibles en el alto gobierno, o los medios de comunicación comerciales, nos interpelan con todas sus fuerzas a legitimar sus acciones, a restablecer su mandato incesantemente, mandato ejercido fundamentalmente a través de las fuerzas armadas y la publicidad.

«Todos somos Hertzianos. ¿ No es acaso lo que los hombres de hoy tienen en común?. Lo que les queda, única ligazón, última cosa en común para compartir aún, quizá, de manera desigual y sin placer, puesto que no se comparten ni los mismos paraísos ni los mismos infiernos».

Jean- Louis Commoli. Ver y Poder.

Muchas veces tuve la tentación de poner el punto final a las grabaciones. Pero estos pequeños relatos mediáticos, que titilan en los hogares, tenían el poder especial de provocar la charla del día, las pasiones de mis vecinos. Y la gente se lanzó a las calles impulsada por estos relatos y se convirtió muchas veces en protagonista con llamados a la acción. Y los vecinos dejaron de ser confiables.

Teme a tu vecino tanto como a tí mismo

Al parecer, había una causa sagrada mayor que hacía que aparecieran insignificantes los reparos con respecto a esos asesinatos.

Las FARC y otros actores armados hacían su trabajo a la perfección.

Asesinatos van y vienen de uno al otro lado del espectro político. Asesinatos sagrados, justificados de un lado por el miedo y la religión y del otro por la creencia en la necesidad histórica de progreso hacia el comunismo. En ambos casos, se trata de la supresión del derecho a la vida de unas personas para hacer posible el asesinato que no genera ninguna culpa.

Con la entrada en escena de Chávez y Correa se armó un lío internacional. Al parecer, lo que permitía sustentar que algunos asesinatos fueran correctos, no era ya tan fácil de justificar. ¿Qué había pasado?. ¿Había cambiado el mundo?. ¿A través de ellos había entrado el gran público de televisión de todo el mundo para decirnos que lo que estaba sucediendo era una terrible salvajada?

20 de Julio de 2008. Una inmensa movilización por la paz y contra el secuestro en Colombia es recogida por las cámaras de t.v en varias ciudades del mundo. En una tarima montada en Leticia, Amazonas, están el presidente Uribe, Shaquira, Lula, Alan García. En nuestra pantalla hogareña vemos, en un juego de múltiples cámaras en muchas ciudades, una gigantesca movilización de personas, algunas vestidas de camisetas blancas con la leyenda «Colombia soy yo». Suena el himno nacional. En algo me recuerda las imágenes perversas de esa obra maestra del mal, «El Triunfo de la Voluntad» de Leni Riefensthal. En este caso un mediocre espectáculo televisivo global de entrega colectiva al líder héroe, esa parodia grotesca de ruana y carriel de la no menos grotesca figura de Hitler en la película nazi. Todo ha sido concebido como un show con varios números musicales con Juanes, Shaquira, Carlos Vives y otros diez mil que buscan pantalla. Y de pronto, suena el himno

nacional y unas voces destempladas hacen enmudecer las voces de Uribe y Shaquira; son las voces de indígenas vestidos de indígenas que están en la tarima cantando el himno de Colombia en su idioma. Voces ancestrales que no acompañan con el himno, pese a la demagogia multicultural. Son las voces que hacen imposible la glorificación de un proyecto de unidad nacional que no cuenta con estas voces de los indígenas, ni de negros, ni de mestizos miserables, pero si con la algarabía de las desesperadas y atemorizadas clases medias de los centros urbanos y con la voz atronadora y a menudo criminal de empresarios, comerciantes, ganaderos, militares y de todos aquellos para los cuales el territorio es un inmenso botín plagado de poblaciones obstáculo que frenan su voracidad.

Como la mayoría de los colombianos, me he sentado muchísimas noches frente al televisor y he tenido las dosis de odio que al parecer son necesarias para el sostenimiento de la normalidad en esta esquina del mundo. Después de las noticias terribles, viene el relax, la promesa de felicidad, los llamados a gozar de la vida y a realizarnos en un mundo en el que las torturas y asesinatos están controlados. ¿Por quien? ¿...por el gobierno? ¿... por todos los gobiernos?, ¿por las fuerzas armadas, policías, detectives, coroneles y generales, submarinos nucleares y satélites?. Por lo general, especialmente en los medios de comunicación se instiga a tratar de identificar instantáneamente unos agentes que envían constantemente señales de violencia con actos de crimen y terror, disturbios civiles, conflictos internacionales.

Por lo general, son acontecimientos y personajes que se miran como perturbadores de un estado de cosas normal, como si existiera un telón de fondo de cero violencias.

Sin embargo, son pocas veces las que se mira la violencia inherente a tal estado normal. Una violencia invisible que debe tomarse en cuenta si uno quiere aclarar lo que de otra manera parecen ser explosiones irracionales de hombres dedicados a ser violentos y a sembrar la maldad.

«El horror sobrecogedor de los actos violentos y la empatía con las víctimas funcionan sin excepción como un señuelo que nos impide pensar»

Slavoj Zizec. Sobre la violencia

Pero...quien tiene el poder de volar a cazar las noticias. ¿Es el mismo que tiene el poder de volar y bombardear?.

SOBERANO ES QUIEN DECIDE SOBRE EL ESTADO DE EXCEPCIÓN

Carl Schmitt

Durante el último año, a medida que ido grabando las noticias he tenido la sensación de ser habitante de una cárcel, con una ventana que me permite asomarme al mundo. Esa ventana es la televisión, que tiene un vidrio poderoso que me protege pero que al mismo tiempo me excluye.

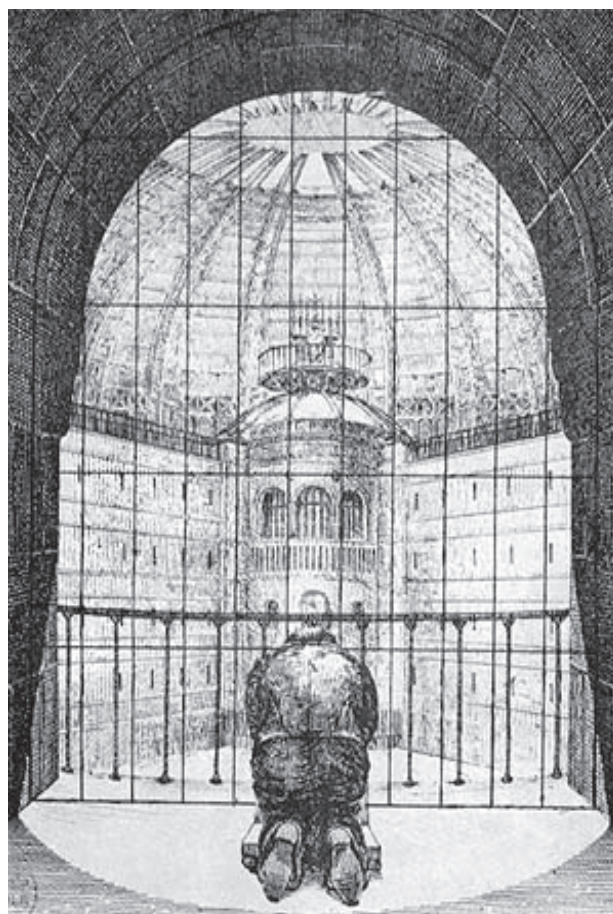
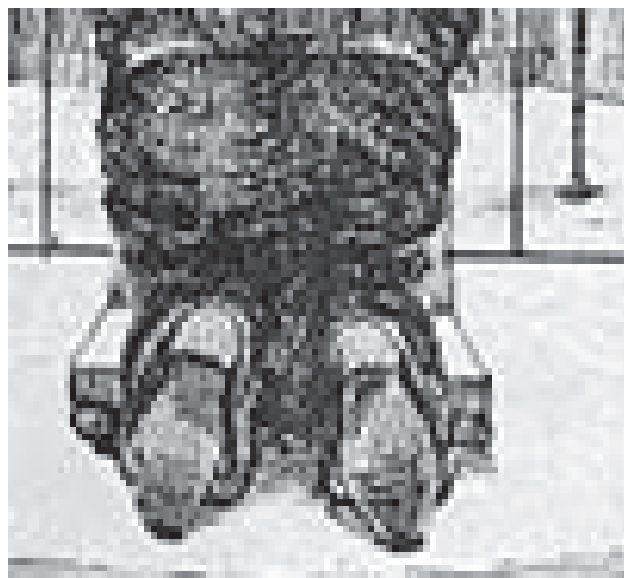
Una cárcel - aldea global

Comencé a ver este acto de mirar las noticias en similitud a la de un hombre encerrado en una cárcel. El guardia que circula por fuera de ella tiene el poder de mirarnos y de moverse. Es una mirada que no nos mira, que nos mira genéricamente. Pensé en el panóptico de Foucault.

Michel Foucault, usó la descripción del panóptico de Jeremy Bentham, como metáfora del poder moderno.

«En el panóptico, los internos estaban inmovilizados e impedidos de cualquier movimiento, confinados dentro de gruesos muros y murallas custodiados y atados a sus camas, celdas o bancos en movimiento»: «La facilidad y la disponibilidad de movimiento de los guardias eran garantía de dominación; la inmovilidad de los internos era muy segura, la más difícil de romper entre todas las ataduras que condicionaban su liberación».

Zygmunt Bauman. Modernidad líquida.



Aquel que tiene movimiento y vigila los movimientos de los otros es el que ejerce el poder.

Para muchos teóricos de la llamada post-modernidad, el poder actual se mueve a la velocidad de la señal electrónica. La facilidad y la disponibilidad de vigilancia para aquellos que detentan el poder se ve acrecentada por la omnipresencia y la instantaneidad a través del dominio de los medios de transporte, de la televisión y las redes electrónicas. Y en este contexto, los detentadores del poder no tienen necesidad de estar presentes, de dominar un territorio y un espacio. Su principal técnica está en alejarse de estar ubicados en un confinamiento territorial. Esta nueva técnica de poder ha sido ilustrada en los bombardeos casi invisibles de los aviones de combate en las guerras del golfo, de Yugoslavia, de Colombia. Pero también en la instantaneidad con las que viajan las noticias y se difunden a través de la televisión y los medios. Porque el poder en el panóptico de Bentham también está determinado por el que controla la mirada.

«La pregunta ¿Quién manda?, oculta una cuestión más fuerte: «¿Quién mira?. El que ve se cree invisible, decía Merleau- Ponty. El que ve y es invisible lo domina todo. Por el contrario, el que no ve, deviene visible y dominado».

Santiago Alba Rico. Capitalismo y nihilismo

Una mayoría sedentaria y disciplinada es dominada por una élite nómada y extraterritorial, por un poder soberano disuelto en el aire, que lo controla todo y que al mismo tiempo que vuelve uniformemente ciegos e inanimados a sus súbditos, los individualiza. La soberanía tecnológica trata de convencer a sus súbditos que no es ella la que tiene el poder, que el poder está del otro lado de las pantallas, en los hombres que lo respiran.

Para Zygmunt Baumann los diseñadores y vigilantes del orden, ante la vulnerabilidad y la inseguridad de la existencia expuesta a las fuerzas ciegas del mercado, tratan de generar algún tipo de certidumbre en medio del temor permanente, para que los disciplinados y observantes de la ley puedan mitigar la sensación de vulnerabilidad y la incertidumbre, no frente a las lógicas o ilógicas del mercado, sino frente a la seguridad personal, es decir, frente a los riesgos que generan los cuerpos de los otros, en especial frente a aquellos que provienen de infraclases y habitats humanos en los que campea la delincuencia y en épocas más recientes, frente al terrorismo global.



*Aunque no nos veas, siempre estamos ahí.
Aunque no nos oigas, también estamos ahí.
Y aún en medio de la oscuridad, somos tus guardianes.*

Publicidad Los Héroes en Colombia si existen Ejército nacional.
Comisión Nacional de Televisión.

Las acciones mediáticas del estado colombiano y de algunos otros actores políticos del conflicto armado, han funcionado para producir un consenso dentro de la opinión pública que pone en tela de juicio el valor del disenso como parte de una cultura democrática. La articulación de esta hegemonía ocurre en parte por la producción de un consenso acerca del significado de ciertas palabras e imágenes, del destino que deben tener algunos cuerpos por estar a un lado u otro de lo que el poder soberano considera como legal o justo y el modo como pueden ser usados estos cuerpos en su exhibición mediática. Pero más allá de estas palabras e imágenes y de la exhibición espectacular de los cuerpos, está su utilización para fundamentar una política en la que el daño padecido a manos de los grupos subversivos, autoriza una agresión sin límites contra blancos que pueden estar o no relacionados con ellos. Lo cual nos pone en una concepción del estado, la soberanía y los cuerpos, el derecho del enemigo, que entra a ser legitimada en la práctica a través de los discursos mediáticos.

Son las «causas justas», de la ideología política del poder contrainsurgente en Colombia, las mismas que se exhiben en las argumentaciones de los noticieros colombianos?

A mediados de 2009 leí un libro escrito por la investigadora Vilma Liliana Franco «Orden Contrainsurgente y dominación»¹. La citaré en extenso y sin comillas, haciendo un resumen que considero adecuado al desarrollo de este artículo. Considera la autora que en el país hay una guerra civil, pues, como lo sintetiza Carl Schmitt, «guerra civil es una lucha armada en el seno de una unidad organizada...». Es decir independientemente de la magnitud del agrupamiento entre amigos y enemigos...» La guerra civil es signo de la disolución del estado, como unidad política organizada, internamente apaciguada, territorialmente cerrada sobre si e impermeable para extraños.

En la Colombia actual, existe una violencia instrumental y recíproca, en la que las partes se deciden a matar o morir en procura de un objetivo de naturaleza política. En esta situación,

el estado es una parte del conflicto, ya que su actuación sirve para conjurar la fragilidad del orden, conservar el sentido de la dominación política y servir a las necesidades de acumulación. En conjunción con otras fuerzas dominantes, el aparato estatal procede contra los rebeldes por lo que son o representan, pero no solo contra ellos, también contra los que de algún modo se resisten, o reclaman justicia distributiva, contra poblaciones obstáculo (los tiempos de guerra, con todas sus opacidades, son el estadio más propicio para la persecución de estos otros que no están alzados en armas, pero que son considerados temibles o molestos)

Para demostrar o simular las justicias de su actuar, cada contendiente reclama para sí el derecho exclusivo a la *ius belli*, a la vez que exige la criminalización del enemigo por injusto.

Gobiernos, grandes propietarios, poderes locales, segmentos de la sociedad subalterna y mercenarios de la lucha contrainsurgente han compartido y reproducido un discurso inscrito en la dimensión estratégica de la guerra. Discurso plagado de «verdades» que se oponen a las de la insurgencia, que reivindican una lucha contra la desigualdad distributiva, la explotación y la represión estatal. Voy a mencionar algunas de las «verdades» de ese discurso, resaltadas por Liliانا Franco en su trabajo:

- La defensa de la propiedad privada en general es, en su carácter objetivo y relacional, la expresión más concreta de los motivos de interés que activan la movilización contrainsurgente: lo es porque, en su forma histórica, es el fundamento del poder que se procura conservar y acrecentar.
- La custodia armada de la propiedad privada se justifica sobre el supuesto de que su privación constituye un atentado contra el derecho a la vida. Defender la propiedad es defender la vida, lo cual le otorga un valor superior y axiomático. Esa valoración de la propiedad como prioridad social, legitima la configuración de una estructura de protección violenta ilegal, de la privatización de la seguridad y de desarrollo de políticas estatales represivas que sacrifican las libertades en función de que parte de la sociedad conserve lo propio y se restablezca el orden público.
- La defensa de la propiedad también se justifica sobre el supuesto de que es legítimo defender lo que es producto del trabajo propio. Esta premisa se utiliza una y otra vez para justificar la organización en armas de los propietarios y para mantener la exclusión de otros con respecto al disfrute de lo poseído.
- En la estructura del conflicto armado colombiano, el bloque contrainsurgente considera en riesgo la propiedad privada en un doble sentido: la posibilidad de no poder disponer y disfrutar de ella por causa de las acciones específicas de la guerra y por la probabilidad de que el sistema de propiedad capitalista sea objeto de una reforma o transformación sustantiva como cumplimiento de los objetivos políticos tanto de las fuerzas rebeldes como de las organizaciones de oposición política.
- En la trayectoria de la guerra civil colombiana, los discursos con fines de legitimación empírica del recurso a la violencia contrainsurgente han experimentado un tránsito de la justificación con énfasis anticomunista² a una justificación con derecho a la autodefensa. Es en la década de los 90 donde ese viraje discursivo cobra centralidad, coincidiendo con el fin de la guerra fría la difusión de una opinión sobre el presunto fin de los conflictos de carácter ideológico y la desaparición de las buenas causas. El argumento anticomunista no desaparece pero el discurso sobre la autodefensa se intensifica para deslegitimar el enemigo interno mediante la difusión de su imagen como agente agresor y codicioso; para subrayar la pérdida del carácter ideológico y por lo tanto político del conflicto.
- Para los diversos sectores que conforman el bloque de poder contrainsurgente, el crimen de la guerra lo han cometido los rebeldes y siendo éstos los responsables del agravio, entonces serían también los culpables de la violencia ejercida para responderles. Los rebeldes serían la causa necesaria y suficiente de la respuesta violenta del estado y de la formación de las organizaciones paramilitares.
- El derecho de la autodefensa ha cumplido una función en la búsqueda de legitimar aquel apoyo privado a la lucha contrainsurgente que podía compensar las limitaciones establecidas por el derecho para adelantar la guerra irregular.

La participación del paramilitarismo se explica simultáneamente como una resistencia a la agresión insurgente y como una respuesta inevitable a la ineficacia estatal. El problema de la ineficacia del estado en el discurso justificatorio es representado como una incapacidad o debilidad de su función protectora de los bienes jurídicos de la persona, en particular la seguridad para la vida y la libertad. Al abstenerse de reconocer que hubo por el contrario, una reorganización y descentralización del monopolio de la violencia por parte del estado, esta sentencia tiende a redefinir la responsabilidad estatal en el surgimiento y la reproducción del paramilitarismo. El estado rehuye su responsabilidad y el operador ilegal de la violencia contrainsurgente lo socorre con su intento de demostrar artificialmente la independencia de su existencia con respecto al estado y de alegar que dicha relación ha sido de sustitución y no de subordinación o cooperación.

-El principio de autodefensa como respuesta ante una agresión supone una disyuntiva moral entre el recurso a la violencia contra otro o la muerte propia. La violencia se convierte en una estrategia para enfrentar lo que es un miedo socialmente construido, el miedo a la insurgencia y, de manera más específica a la violencia que ésta pueda ejercer contra derechos de un nivel jerárquico superior como el de la propiedad. Este argumento justifica las acciones preventivas o de precaución, que están presentes, por ejemplo, en el alegato que se sostiene en la actualidad con el gobierno ecuatoriano sobre la violación de la soberanía en el bombardeo a Raúl Reyes, con el fin de preservar al país de los ataques por venir de un enemigo del estado colombiano. Lo cual supone acciones de un pragmatismo rampante en el cual la decisión política se pone por encima del derecho (o validando otro tipo de derecho, el derecho penal del enemigo proclamado por Carl Schmitt en la Alemania de Hitler) haciendo condenas anticipadas; en el caso de Raúl Reyes, una condena de muerte y su ejecución, a quien se consideraba un hombre peligroso para la seguridad del estado.

- La organizaciones alzadas en armas son caracterizadas como figuras de riesgo y amenaza a partir de factores objetivos y subjetivos: el riesgo objetivo que constituyen los rebeldes por su disposición a la hostilidad desde el momento en que deciden impugnar el poder soberano; su representación hostil como encarnación del mal y la barbarie por su adscripción al ideario comunista; su representación social como agentes con capacidad de violencia e intenciones de daño, proclives a la codicia y ajenos a propósitos políticos.

- La defensa de la seguridad se sustenta en la identificación de diversas amenazas, esto es, en una interpretación social de los miedos y peligros en un contexto histórico. Dichas amenazas están encarnadas en figuras de miedo. De un lado se tienen las organizaciones insurgentes armadas y junto a ellas las expresiones de oposición política y reivindicación social. Del otro, están la criminalidad no organizada y personas de conductas socialmente no aceptadas. Estas amenazas son identificadas como la fuente de todos los males de la república y presentadas como el enemigo per se no sólo del ordenamiento jurídico sino de toda la sociedad.

- Con el transcurrir de la guerra y las transformaciones de la imagen del enemigo, insurgencia y narcotráfico, aunque representan riesgos diferentes, han sido juzgados fenómenos análogos y presentados luego como uno mismo con el objetivo de minar la potencialidad de la

primera. Esta analogía trascendió el orden del discurso para dar lugar a la articulación problemática entre lucha contrainsurgente y lucha antidrogas. (Es también la base sobre la que se ha negociada el despliegue de las bases norteamericanas en territorio colombiano).

- La palabra terrorismo ha sido introducida en diversos momentos de la guerra colombiana para calificar las luchas de la insurgencia, negar su carácter político, anunciar el surgimiento de un nuevo enemigo y justificar una política de criminalización y aniquilamiento.

El poder contrainsurgente requiere tanto del poder de las armas para sofocar voluntades como de la construcción de legitimidad para asegurar el sentido de la dominación política. Dos esfuerzos son necesarios para la preservación del poder: la eliminación física e incluso moral del enemigo y los sospechosos y la persuasión. Esta última es realizada con la propaganda contrainsurgente- que es la otra cara de la crueldad- y con la desinformación. Cabe anotar que esta lógica de actuación es ejercida de manera simétrica por las fuerzas del lado contrario.

Propaganda de guerra en los medios

La implementación de la propaganda contrainsurgente supone un proceso de organización complejo y la implementación de múltiples técnicas a través de los medios de comunicación. Esa organización abarca la configuración de grupos de producción ideológica, estrategias de comunicación política y movilización. Como parte de sus funciones está el de ofrecer una versión oficial y por lo tanto, autorizada de los hechos que desmienta las denuncias que señalan la responsabilidad del bloque de poder; la ridiculización y estigmatización sistemática de aquellos considerados como enemigos o la construcción de una imagen que los presenta como mentirosos, codiciosos, violentos, malvados, inhumanos, ignorantes, obcecados, vetustos, intolerantes y ateos; seleccionar las acciones rebeldes con mayor intensidad dramática para ser registradas en la inmediatez de los medios de comunicación que difunden hasta el cansancio los testimonios desgarradores a fin de provocar su juzgamiento moral; difundir información verdadera para contrarrestar una acción política del enemigo y mostrarlo como mentiroso y malintencionado. La implementación de la propaganda con fines contrainsurgentes tiene como centro la recreación de una imagen de enemigo rebelde para hacerlo odiar, privarlo de fuentes de legitimación, justificar su tratamiento de

enemigo o movilizar en su contra. Se sirve de la construcción de un estereotipo y de la estigmatización, que sirvan a la sedimentación de un consenso a partir de categorías no- racionales, en el ámbito de las emociones y pasiones a sabiendas de su poder devastador. Esa condición se logra, por ejemplo, mediante la concentración del odio que se siente por el campo adverso en una sola persona que encarna el estereotipo: se trata de convencer a las comunidades de intérpretes que el enemigo no es tal partido o tal nación sino el jefe de ese partido o esa nación. También son altamente emotivas las imágenes que se difunden hasta el cansancio del registro del llanto de un doliente, la figura anémica o extenuada de un rehén, las extremidades amputadas del soldado, las ruinas del pueblo después del asalto guerrillero, la agonía del hijo del prisionero de guerra, el espanto de la mujer atrapada por una bomba, los prisioneros de guerra detrás de las alambradas, los niños reclutados, entre otros. Es una selección deliberada de las imágenes que atestiguan la violencia de los rebeldes y desestiman las imágenes que testifican el terror de las fuerzas insurgente. Quien las contempla queda implicado en compartir solidariamente los sentimientos representados y un conocimiento intuitivo de un enemigo que aparece como absolutamente malo e inhumano, como causante único del sufrimiento humano. Logrado esto, se aviva un sentimiento de indignación y agravio que conduce al involucramiento directo en acciones colectivas e incluso individuales contra el ofensor o a la legitimación de todos los medios para perseguir hasta la muerte al enemigo. El miedo es objeto de asociaciones o situaciones en su dimensión genérica (v.g. «la guerra» o «la violencia» como si fueran sujetos).

Desde la perspectiva del uso propagandístico de la información, lo que menos importa es informar, amplia y adecuadamente, a la audiencia para que se forme su juicio propio. No interesa el consenso racional, pero sí la homogeneización sobre la base de la manipulación.



El terror como mercancía

La figura de Raúl Reyes mostrada como causa de los males del país, tiene su contapunto en la de un cuerpo- materia corrupta, mostrado de manera pornográfica por la televisión y los diarios del país. Una imagen terrorífica y angustiante, que muestra de manera macabra los triunfos de la seguridad democrática, que la iguala en promiscuidad con otras de periódicos amarillistas, que la hace una golosina visual altamente comercializable, un objeto mercancía del mundo insertado en el mundo del espectáculo. Una imagen que también va más allá del encasillamiento ideológico de los textos noticiosos. Porque esa muerte también tiene una horrible proximidad a la de otras muertes producto de la lucha contrainsurgente, la de cientos de desaparecidos víctimas de crímenes de las fuerzas del estado y el paramilitarismo. Extraño destino el de ese cuerpo masacrado, que se ha convertido en estos dos años en un objeto mercancía que es incómodo para los discursos que justifican su muerte, pero que ha sido también el nudo de la confrontación ideológica que enfrenta al gobierno de Colombia con el de Ecuador y Venezuela.



Cuerpo insepulto que pone también de frente dos concepciones sobre el cuerpo y la soberanía: el derecho penal del enemigo y el derecho del ciudadano.

Las lógicas de la guerra insurgente y contrainsurgente es posible condensarlas a través de series de imágenes contradictorias, puntos antitéticos que condensan, en un momento crucial, la intersección de momentos distintos. Así, es posible ver cómo la gran cruzada contra el terrorismo en Colombia, con sus valores de democracia y libertad que aparecen como

propagandas del gobierno colombiano, tiene como contrapartidas las imágenes del cadáver de Raúl Reyes, así como las de las tumbas de los falsos positivos de jóvenes ajusticiados para cobrar recompensas y las fotos de las miles de tumbas de restos de personas «ajusticiadas» por los paramilitares.

Del mismo modo, un grupo insurgente que puede aparecer para algunos simplemente como una víctima de la dominación económica y militar, ha demostrado a través de múltiples imágenes que puede ser tan brutal y terrorista como ha sido retratado por la industria antiterrorista. Discursos que denuncian el terrorismo de estado enmudecen ante las fotos terribles de los campos de prisioneros de las Farc, por el horror perpetrado mediante el secuestro y los ataques contra población no militar.

Hoy en día casi existe consenso, tanto por parte de la izquierda como de la derecha, que la guerra colombiana ha sido una catástrofe y que el gobierno de Alvaro Uribe y su cruzada antiterrorista se ha convertido en un promotor crucial del terrorismo. El proclamado antagonismo absoluto de las fuerzas del bien (gobierno) contra las fuerzas de mal (guerrilla) puede acabar, a ojos del mundo, en una transmutación y fusión de ambos enemigos. Raúl Reyes y Alvaro Uribe interactúan dentro de

Una estructura y un modus operandi que produce el Estado y el Terrorismo como fetiches el uno del otro, construyendo la realidad como un juego infinito de imágenes especulares. Este juego de terrorismo es lo que hace del estado (con E mayúsculas) y el Terrorismo (con T mayúscula) algo tan real, organizando la vida política como un universo fantasmagórico donde lo «realmente real» siempre está en otra parte, siempre eludiéndonos³.

Lo que Raúl Reyes es ahora, no puede ser nombrado por el lenguaje. Es la imagen de una desmesura, una cosa, un resto que escapa a la palabra y que se sitúa en el eje de un real que no es alcanzable por la terrible. Pero siempre hay algo nuevo que hace que escape el fantasma, o mejor, que al tiempo que nos hace retirar la mirada, nos invita a retornar la mirada hacia allí, electrizados por eso mismo que nos horroriza. Mirar, retirar la mirada, mirar de nuevo. Tal es la posición de nosotros como espectadores ante el espectáculo de horror colocado por los que hacen la ley y la violan. Una ley que ha hecho de los teleespectadores unos sicópatas potenciales, dispuestos a un goce más allá de la ley, en la destrucción pura, en la pura violencia.

Tal vez es Uribe el doble de este guerrillero que mediáticamente ha sido transformado en un sicópata criminal. Un doble también sicópata para un sector de la sociedad que ve en él el gran instigador de una tragedia. Un doble monstruoso que luce inalterable, pese a esa carga terrible que lleva en sus hombros. Un héroe que por momentos me recuerda a los del Oeste, hombres que están en un umbral al que los confinados en nuestras celdas hogares no nos atrevemos. Un lugar desmesurado, que es el que transita el poder y que solamente intuimos como algo infinito y terrible. A veces me parece un sicópata que tiene enjaulada al conjunto de la sociedad, con otros sicópatas que son sus aliados, los dueños y señores de un espacio sin ley pues aquellos que la representan son lo opuesto absoluto a la ley, o en el que la ley es solo una jaula que intenta contener la fiera pulsional que se encuentra a uno y otro lado de la reja de la pantalla televisiva. Un sicópata cuyo proyecto será solamente sostenible con el sacrificio permanente de seres con el argumento de que representa un mal menor.

Una Cárcel aldea global

La misma esquizofrenia dinámica de lucha entre insurgencia y contrainsurgencia se aprecia en «la guerra contra el terrorismo» proclamada por Bush tras la destrucción de las torres gemelas el 11 de Septiembre de 2001, una dualidad de lucha entre terrorismo y antiterrorismo a escala global que se ha vuelto dominante en la política internacional. Lucha que implica la destrucción del enemigo, real y simbólicamente, a nivel global.

«la propagación global de la forma de vida moderna, ha alcanzado a estas alturas los límites más remotos del planeta». «Ha anulado la división entre «centro» y periferia», o, para ser

más exactos, entre formas de vida « modernas» (o «desarrolladas») y premodernas (o «subdesarrolladas» o «retrasadas»).

Zygmunt Bauman. Vidas desperdiciadas. Para Bauman, procesos tales como la construcción del orden y el progreso económico tienen lugar por todas partes. Proceso que tiene también una contrapartida, la producción de residuos industriales y residuos humanos que se expulsan en cantidades cada vez mayores, víctimas de los diseñadores del orden. El triunfo global de la modernidad ha venido aparejada con la crisis de destrucción de residuos humanos, que no es capaz de volver a asimilar o aniquilar. Residuos que cada vez son menos apropiados para su reciclaje. Residuos que son apartados mediante un cordón sanitario, que genera fronteras que funcionan al interior de las grandes ciudades, entre sectores urbanizados y sectores «salvajes», entre unos y estados y otros. La fronteras de los estados nación que han comenzado a disolverse tienen en su interior otras fronteras, las que señalan los límites entre lo incluido y lo no incluido. Y frente a este problema global, que afecta a este planeta modernizado, surgen soluciones globales de los rezagados de la modernidad, que se ven forzadas a practicar guerras religiosas y en nuestro caso a la proliferación de guerrillas que por momentos parecen cooptar las oleadas de resentimiento y de injusticia generados por un orden criminal. Y en otro momentos, parecen ejércitos de hampones, o verdaderas «colonialistas de vecindario», o «imperialistas de los pobres», que tratan de controlar «territorios liberados», que absorben y aniquilan el excedente de población, o los obliga a buscarse la vida en los cordones de miseria de las ciudades o en las fronteras.

Notas

¹ Vilma Liliana Franco. «Orden Contrainsurgente y Dominación». Siglo del hombre editores. 2009

² Las ideas anticomunistas, al igual que las antiliberales fueron impulsadas desde los albores del siglo XX con un sentido moralizador, siendo uno de sus principales canales de difusión la iglesia católica

- que no dudaba en atribuir todos los males sociales al comunismo- y respaldada por la ley 69, denominada ley heroica de defensa social contra el comunismo, promulgada el 30 de Octubre de 1928, en la antesala de la masacre de las bananeras.

³ Begoña Aretxaga., « A hall of Mirrors: on the Spectral carcter of Basque Violence» .

Cita de Jooseba Zulaika en «La guerra contra el terror, «imágenes dialécticas» y el enano Jorobado». Rumaria 14. Madrid, 2009.